



LA ESCLAVA.

LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

(Conclustan)

—Capitan Benavides!... prosiguió recobrándose súbito á la vista de un bigotudo meznadero, que apareció en el umbral, te escucho.

Y el recién llegado le contesta con laconismo y marcialidad.—El conde de Uruña, mi señor.

—«Disponed sea recibido, cual en mi casa suele el rey».

Saluda el capitán con veterano aplomo, y queda solo al duque para vestirse una dalmática verde, recamada de platina, que ajusta bajo el tabali de su espada, cubriendo la elegante cabeza un birrete con blanca pluma de garzas imperiales. Abre en seguida el ferrado balcon de la torre, que al través de sus pintados vidrios deja penetrar la blanca luz de una mañana despejada y purpurina.

En esto ya se dejaba sentir por el interior de la fortaleza animado movimiento, voces de mando, idas y venidas por las crujeas de los cuarteles, pasos acompañados de guardias y puestos de servicio; y sobre este sordo y confuso rumor sobresalía la voz del atalaya, que gritaba, desde lo alto de la plataforma:

—Tordehemos, alerta!... Prócer de caldera y pendon!...

Las gentes del castillo dirigidas por el activo Benavides desembocan sobre la plaza de armas, y se colocan en ordenadas filas en el trayecto, que media hasta la entrada principal de la fortaleza.

Las guardias coronan los almenares en actitud vistosa é imponente.

En este momento enarbolan el pendon de Castilla en el tope del homenaje. Los clarines y timbales exhalan una tonada guerrera; los arcabuces atruenan el viento; las picas y partesanas brillan agitadas por los alegres soldados; y cunde por todos los ámbitos la salva leal y avorozada.

Y responde á ella por la parte exterior de la muralla una descarga de mosquetería, y canta el heraldo infatigable:

¡Plaza, Tordehemos, á la reina y comunidad!

¡Bájase con estrépito los rastillos, échase los puentes sobre la

profunda caba, y Benavides recibe en el pórtico al conde de Uruña, subiéndole en amigable plática la angosta y curvilínea rampa, seguidos de los pajes y escuderos del Castellano.

Esperábase este rodeado en sus deudos en el ingreso de la escalera; y adelantándose al zaguan, abrazáronse cordialmente ambos caballeros dirigiéndose en esta guisa el de Giron al de Uruña:

—¡Paz y honor en mis reales al ilustre mensajero del trono y de la patria!

¡Bien venido á mi morada el campeón de la santa causa! ¡Salud á vos, conde de Uruña, prez de mi sangre y gloria de mi ley!...

Y con estas y otras bien habladas cortesanas, á las cuales el conde correspondió con espresiva sinceridad, fuéronse llegando al pabellón del duque, ya dispuesto para tan alto huésped.

Despidieron su comitiva, y luego que se vieron solos, el conde apartando la etiqueta oficial:

—¡Por la sangre de mi flamencosi... dijo al duque; habeis hecho, ilustre sobrino, un gran lance, en no dejaros ver por Matayana!... Así Dios me valga, como lo habeis puesto todo á punto de dar un estampido!... ¡Dónde, diablos, habeis andado desmemoriado y esperadísimo señor!...

Don Pedro se hallaba prevenido para este apóstrofe, y así le oyó con imposible talante. Sin embargo, á fin de que el de Uruña no se dejase llevar á mas, aprovechó un respiro, para decirle tranquilamente:

—El puesto de un general es el frente del enemigo.

El conde Y al lado de sus amigos.

Giron Allí estabais vos por los dos.

El conde Y no fué poca suerte á fé. Porque sino, por mí...

Giron ¡Qué!...

El conde Nada, nada. Pero me distes un rato, que aun me tiene de pésimo humor!

Giron ¡Y bien?... Resultados.

El conde. De todo hay en el cuento. Veogo á ti en nombre de los connidades. Soy la voz de la guerra, que busca el aura de la libertad.

Y en seguida retiró el conde á su interlocutor la escena del monasterio, con ardiente palabra y vivísima pintura.

—¡La guerra!... prorrumpe el duque, apenas el de Uruña puso fin á su discurso; ¡la guerra!... ¡Me place!... Sea pronto lo que habia de ser después!

El conde. Hasta aquí he sido el mensajero del pueblo. Cúmplenme ahora ser el personero de la Magstad.

Giron. Dios sea con la reina de Castilla!

El conde. La reina á vos, D. Pedro de Giron, Grande del reino, Duque de Medina-Sidonia, Señor de pendon y caldera, primo del rey, otorga la mano y palabra de la infanta Doña Catalina, su muy querida é inculta hija, para el mejor servicio de Dios y del Estado.

Ahora, huen sobrino, abrazad en albricias á vuestro afortunado embajador.

Giron. ¡La infanta!... á mil...

El conde. La infanta, cuyos piés deberemos besar esta misma noche en el alcázar de Tordesillas. Pero; que demonio!... te has quedado como quien siente estallar un cañón!... Ansias algo más, escrupuloso caballero!...

Giron. Yo no puedo ser esposo de la Princesa.

Dió un salto el de Uruñá en el sillón, como si le hubiera picado una sierpe; y quedándose mallo levantado, con las manos sobre los brazos é inclinado hácia D. Pedro, acertó á decirle con alterado acento y tsonbro:

—¡Estás demente... ó dejado de la mano de Dios!...

Giron. ¡Ojalá fuese uno ó otro!... así acabáramos de una vez.

El conde. Imposible!... imposible!... eso es un delirio.

Giron. No, tío; es una verdad triste, cruel... pero sí fin... verdad.

El conde. ¡Por el templo de Jerusalem!... Voy á perder el juicio! D. Pedro!... ¿dijo creer esas palabras?... porque ándu si sois vos ó yo quien está fuera de seso!... ¿quien no da razon de sí mismo?

Giron. ¿Queréis mi palabra de caballero?...

El conde. Pero sabes, infeliz!... que te pierdes... y pierdes acaso la causa de los buenos y el porvenir de la patria y la honra de lo nombre?... ¿Sabes que hasla puedes ser acusado de traicion?...

Giron. ¡Conde de Uruñá!...

El conde. ¡Y bien! ¿Qué dirá un súbdito, que se revela contra su reina? ¿Qué un caballero que afronta á una dama? ¿Qué un noble que olvida su deberes, sus tradiciones, su gloria y su posteridad? ¿Qué el comunero, que se niega al interés de la patria? ¿Qué el adalid, que sacrifica á su egoísmo la ventura, el triunfo y la libertad de su pueblo?... ¡Tiembra, tiembra, D. Pedro, el juicio de los siglos, y el fallo de los buenos!

Giron. Mi sangre responderá de mi lealtad. El mártir tiene derecho al abono de su fe.

El conde. Eso es bastante para el soldado oscuro y pasivo. Pero España exige más de tí, á quien fin su bandera, su sangre, y su destino. Y vamos, ¿qué dirás al país, á tus amigos, á la reina, á mí, á la opinion y á la fama?... Habla, D. Pedro, habla... y yo mismo, si razon te asiste, saldré á tu defensa, y por valedor de tu demanda.

Giron. Es un secreto... que bajará conmigo al sepulcro.

El conde. No acepto esa explicacion.

Giron. Es la única que puedo y debo ofrecer.

El conde. ¿Ni á mí?

Giron. Ni al confesor.

El conde. El cielo nos confunda! ¡Y qué despacho tan donoso para el mensajero de la reina de Castilla!... Vuelve en tí, D. Pedro!... considera que vas á ser la piedra de escándolo para el trono, y el vaso de perdicion para el pueblo! ¿Cómo vuelvo yo á Tordesillas? ¿Qué digo á la augusta viuda de D. Felipe?... ¿Qué contestaré á la infanta?... ¡La infanta!... ¡Pobre y deshecha criatura!... ángel caido en el mundo... arucena olvidada merida por las auras de la soledad mistica... perla que no há roto la mancha... avejilla que no há tendido sus alas á la luz y al viento!...

Giron. Lo sé todo... pero no me pertenece ese tesoro.

El conde. Di mas bien que estás olvidado de tí.

Giron. Yo no puedo profanar á ese ángel; no puedo deshojar esa flor virginea; no puedo manchar la perla, no puedo alzar las plumas, y cortar el vuelo del pájaro dulcísimo... no soy digno de tan supremo bien.

El conde. Tu sangre, tu nombre...

Giron. En líera buena; pero eso no dá la ventura, cuyo divino gérmen reside en el corazón.

El conde. ¿Y qué?...

Giron. El mio no há latido por la nieta de los reyes.

El conde. Pero...

Giron. Dais en mí secreto; y todo es inútil.

El conde. Inferno!... Y por un devaneo andante vas á dar un espectáculo de desconfianza y...

Giron. No habeis amado... y no comprendéis ese mal.

El conde. ¿Y sin amor?...

Giron. Sin amor mi único sería una venta innoble; sin amor mi juramento un sacrilegio; sin amor el lázaro un padron de torpeza y de martirio; sin amor nuestra vida una prision sin sol y sin ambiente. Y D. Pedro Giron es muy leal y honrado caballero, para faltar á lo mas sagrado del cielo y de la tierra.

El conde. ¿Has visto á la infanta?

Giron. No. Criada en el convento, y ausente yo en Italia desde su tierna edad, nunca he tenido ocasion propicia...

El conde. ¡Ea, D. Pedro! Te doy tres días para obrar y responder, harto te digo, y no eres cortó de discrecion. Piensa que la reina te há elegido esposo de la infanta... colocada en las gradas del dosel; que la comunidad cifra en ello la garantia del triunfo y del porvenir del Estado; que tu negativa sería una desercion á tu bandera; un mentis á tu sangre y una rebeldia al trono. Y recuerda, en fin, que el mensajero real há de dar cuenta de sí, y de la honra de su señora, y de las esperanzas del país.

Y calándose con sombrío ademán el pesado espacete, salió de la estancia á largos pasos, sin volver siquiera la vista atrás.

Cinco minutos despues galopaba camino de Uruñá, mientras los trompetas del castillo le hacian honor, y los mosquetes tronaban en lo alto de la plataforma.

CAPITULO XVI.

MAL AÑO POR MUCHO PAN.

Ajarga cuanto embarazosa es la situacion, en que el impetuoso Prócer deja á nuestro castellano. Porque como tiene muy agudo entendimiento y experimentada perspicacia, comprendió desde luego el fatal compromiso, en que le colocaba el inoportuno mensaje. Tan absorto le tiene el ultimatum del conde, que ni aun se le ocurrió levantarse de su sillón, para honrar su salida, ni menos prestar atencion á la embozada amenaza, que sirvió de remate al formidable discurso.

Ya estaba el conde lejos de la fortaleza, y D. Pedro empezó á salir de su preocupacion, cuando los posteriores ecos de la salva se acababan de extinguir en los espacios.

—¡Va se há ido!... exclamó con gutural acento, y como quien sale de una pesadilla devoradora. ¡Ya se há ido!... mas para volver. Tres dias para fallar mi suerte, para decidir la felicidad ó la desventura?... Ya está resuelto. No hay mas allá! Pero ¿y la reina?... ¿qué dirá de mí?... Dijo bien el conde. Araso voy á pasar por desleal... Yo!... el primer rico-hombre de la monarquía!... ¡Poder de Dios!... Si hubiera el conde venido á yer... si yo hubiese asistido á Matayana... ¿Y cómo á un tiempo mismo con ella y con ellos?... A las doce ambas citas!... Fui un menguado, que sucumbí á la pasion y á la flaqueza. Y un abismo llama otro abismo!... Porque hoy, despues de la escena... Oh!... no hay medio... es preciso llegar hasta el fin.

¿Y qué?... continuó afectado por una idea lisonjera, no sirvo tambien así á mi causa?... ¡Perdido, que sí!... Ella es mía... su consorcio es... nada en suma... Ahora todo lo sé... soy feliz. Nos vengaremos de ese hombre... y esta venganza será el triunfo de la justicia nacional. A todo está pronta... Deseche en llanto, aniquilada en mis brazos de dolor ha jurado consagrarme su existencia, su honra, su virtud. Silencio... silencio... ¡imprudencia!... que nunca vuelva el ambiente á lisonjarme con el acento de esta esperanza!...

Y quedó estático bajo el influjo magnético de este recuerdo ó ilusión.

—Oh!... volvió á decirse, siento germinar en mi mente un plan soberbio... el César aborcará á el almirante por traidor; y despues la victoria, el amor, la dicha!...

Mi enlace con la infanta es imposible... destruira por su base este proyecto de salvacion comun... imposible. Seria un crimen; mas todavia, una demencia. Que hablen, duelen y me motejen; sea en buen hora... la gloria y la ventura valen todo eso, y la venganza mucho mas!... Despues cuando el velo se descorra... y vean mi obra... me recompensarán con una ovacion. Y la reina, su Alteza misma dirá mi abnegacion, mi gloria... y mis valientes compañeros me alzarán sobre el paves de los hombres inmortales.

Pero el conde volverá... y la reina espera! Yo daré razon de mí á todos. ¡Eh!...

El pajecillo apareció como un relámpago.

—Caballos y escuderos. De aquí á una hora camino de Tordesillas. Ahora el capitán Benavides.

Y sentándose en seguida delante de la mesa, «ensemos en la guerra», dice, y firma porcion de pergamino.

Cuando concluyó estaba ya el capitán esperando sus órdenes.

—Benavides, le dijo el de Giron, salgo por tres dias de Tordesillas. Quedas en tanto con mi voz y autoridad en estos reales.

El mensajero hizo un saludo entre cortesano y militar.

Apenas yo sales de la fortaleza, dirigas por medio de corredores estos pergamino á Lazo en Valladolid, á Guzman en Lugo, á Ulloa y Sarabia que se hallan en sus campos y señorios. Reune sobre esta plaza Villabriga y pueblos comarcanos todas las mensadas y banderas, que tenemos por tierra de Campos. Mañana partes con un escudero y un rey de armas á Medina de Rioseco, y á son de trompeta requiere en nombre de la reina y de la comunidad al señor almirante y vecinos

de la villa, que arrojen de sus muros á los enemigos y destruidores del reino y gente de guerra, con la protesta de que si así lo hicieran, la villa y su tierra no recibirán daño, porque está en su intencion y voluntad. Y que no haciéndolo, todo el daño que se les signiese, sea de su culpa y cargo (1). Si no cede D. Fadrique, haced á los enemigos un alarde en señal de guerra, y dándoles por traidores, pónes bajo los muros sus cabezas á pregón. No hallarás resistencia, porque los lobeznos se guardarán de salir de su madriguera, y les turban la vista de los mosquetes y partezanas. Pero si fiados en su muchedumbre, salen contra tí, cuélgas media docena de judescos delante de los postigos de la villa; y remite sus armas al cardenal. Una advertencia, capitán. No derrames sangre de españoles. Aun enemigos, son hermanos. Están, es cierto, mal aconsejados. Deber nuestro es alumbrar su mente, y traerlos al camino de la razon. Sé que los enemigos nos tratan sin piedad; que harían con nuestra sangre el brialdis de la venganza Césarrea. Eso es lo que hay de ellos á nosotros, lo que dista el crimen de la virtud, la tiranía de la libertad. Vé, Benavides, y muéstrate digno de tí.

El capitán obedeció puntual, llevándose los despachos, para dar cumplimiento á su belicoso cometido.

Una hora después el duque tomaba á largo trote por los páramos de Castromonte la vuelta de Tordeillas.

ULRICO DE ANDUZ.

(Continuación.)

—Tú desvarías, Ulrico; el amor y los celos son una misma cosa.

—Los celos son el amor propio ofendido; el amor es una pasión no satisfecha.

—No te entiendo.

—Mi distincion es bastante clara.

—De noche todo es para mí oscuro.

—Te la repetiré mañana al medio día.

Levantóse Durand, y alargó la mano á Ulrico.

—Te marchas, dijo este: está bien; yo me quedo.

—Hasta mañana en el baile. Yo tengo que partir para Arlés muy temprano: hasta mañana.

—O más bien hasta esta noche, pues ya es cerca del día.

Acostóse Ulrico en la grada, con los ojos vueltos hácia la luminosa vidriera, y contempló largo rato desde lo alto de su observatorio aquella estrella que solo brillaba para él.

Lloraba el viento en los penachos de yerba que siguen las bordaduras de las cornisas; nocturnas armonías corrían á lo largo de los corredores circulares prolongándose en infinitos ecos. Cada estremecimiento del aire daba una conacion melodiosa en aquel inmenso teclado de ruinas. La piedra, la hoja, el grano de arena, el pájaro, el insecto, todos tenían una queja que contar á la divinidad invisible de aquellos lugares. En los intervalos de silencio podía oírse el sordo trabajo del tiempo que miraba los sillares de granito y el átomo de polvo, caer sobre las hojas de yerba y tomar su asiento en el tesoro que el espirante siglo lega al siglo que va á comenzar. El aire despidió sobre el edificio su vaporoso tinte, y le dió un carácter de desolacion incomparable. Las altas murallas opuestas al horizonte de Levante conservaban la doble oscuridad de la noche y del incendio sarraceno: allí el monumento parecia despojarse de un sudario y prepararse á la luz del día el espectáculo de sus grandes piedras semejantes á unas tumbas que hubiese arrancado el huracan.

En medio del circo y levantando los ojos al cielo parece aquello el cráter de un volcan agotado por las erupciones, y que no tiene ya lava que arrojarse á los campos, ni humo que esparcir por los aires; pero á la salida del sol se revela la ruina en su aureola romana; inclínase el artista con respeto ante el arte poderoso que cortó sus bóvedas, que arrancó tantos trozos á la montaña, los arrojó sobre la llanura, y los hizo subir al cielo como esas manantiales de agua viva, que cayendo del reservorio natal recobran su nivel ágilmente. A tanta majestad y grandez se que además una gracia, una suavidad de contornos, una armoniosa ondulacion en las formas, que satisfacen los ojos, como los antiguos versos arrebatan los oídos. ¿Y qué prodigioso arquitecto trazó aquella obra al pasar por la tierra de las Galias? Se ignora. Gloriosa subrogacion de artista! La gloria de la obra no pertenece mas que á Roma. Id, y mirad la rúbrica de la ciudad eterna; vedla lucir al sol bajo su airon de yedra: es la loba que lacta sus gemelos.

Echó Ulrico una última mirada á su alrededor, y sonriendo con orgullo en voz baja á las ruinas: «Váname á ver si ha venido en caso del escribano el certificado de hipotecas!»

III.

Al día siguiente despertaron á Ulrico muchos golpes dados violentamente á la puerta de su cuarto. Abrió el criado; y presentóse Durand.

—Te doy las gracias por tu complacencia; dijo este, alargando la mano á Ulrico; has conducido á mi mujer sana y salva. Ya me ha contado vuestro viaje; parece que no habeis volcado mas que dos veces; y en verdad que es muy poca cosa, porque segun creo tu mano

Dejaba á los caballos rienda suelta.

y luego el matrimonio te ocupaba como si fuera una calamidad. No sentí mucho dejarle, pues me hubiera paseado en los bosques, áunque es cosa que me fastidia. Nada hay que me cansa tanto como el campo, á no ser que haya baile; entonces es diferente. Tengo por pérdida la noche en que no doy veinte vueltas por la Esplanada, y juego tres partidas de ajedrez. Pero vamos; ¿cómo te hallas de matrimonio? Estás descolorido como un novio. ¿Mas bailado mucho con la Myrrha de los Babilonios.

Ulrico se vistió muy despacio; tomó de la chimenea un papel arrugado, y dijo á Durand con voz concentrada: toma; ahí tienes la copia del billete que he enviado esta noche á Mr. Chartoux: léelo.

Admirable amigo mio, exclamó Ulrico; prodigioso!.. Mil ocasiones hay en que siento uno verse obligado; pero no hay una sola en que sienta haber roto sus lazos. Con verdad sea dicho; yo te veía ya ahogado en el Gardons, mucho mas desde que Mr. Isambert dejó que la cuestion de divorcio se perdiese en la cámara. Cosa es de darte por enhorabuena un abrazo.

—No, no; estoy herido en lo mas sensible de mi corazon; compadéceme.

—Vamos á dar una vuelta por las Arenas.

—¡Imposible! Mira que abatido estoy; yo, que ayer hubiera podido arrancar una encina!

—¡Vamos á desayunarnos á la fonda; saldremos de allí fuertes como el puente de Gard, y alegres como sinietes. Vean Vds. que débil está este jóven, el luchador mas robusto de las Cevenas!.. Yo no sé por qué se me viene siempre á la memoria el conde Gerardo: ¿quieres que te cuente su historia?

—Otra vez, hoy no tengo la cabeza para oír nada...

—¡Maldicion!

—¡Otra vez con el drama?

Fuerza será que te desahogues.

—¡Pobre muchacha! ¡pobre Margarita! Al fin ha sufrido su suerte de mujer!

—¡Reaccion! Y mañana te casés con ella.

—¡No! ¡No!

—Pasado mañana.

—No, no, te digo, y mil veces no!.. Ha faltado poco para que yo me condene alegremente al suplicio de Mercurio!

—Eso está fuera del alcance de un erudicion.

—¡Qué vida! ¡Arrostrar el cuerpo consigo, y suspirar por el animal. He hecho bien! Estoy contento.

—¡Así! ¡Bravo! No te falta mas que tu propia aprobacion. Vamos á almorzar.

—Pero dime, ¿dónde refugiarme ahora que la sociedad me arroja de su seno?

—La sociedad no te arroja, amigo mio, la sociedad no es monsieur Chartoux.

—Ayer mismo me dijiste que el honor no permitia un rompimiento, ¿no te acuerdas?

—Si; queria sondearte y veo que has correspondido perfectamente á mis ideas. Nunca te hubiera yo aconsejado un paso de esta naturaleza; en punto á matrimonio, á cada uno se le debe dejar su libre albedrio; hoy rompes tú tus compromisos; yo te aplaudo, te abrazo y te digo ¡bravo!

—¡Dichoso tiempo aquel en que el hombre encontraba un asilo!..

—Vente á mi casa.

—En algun convento, en medio de los bosques, lejos de las ciudades, un monasterio aislado, como un navio en el alta mar, Roma no tiene ya Thebaida, ni la Francia tiene reclusiones.

—¡Vamos, el conde Gerardo, desde la cruz á la fechal! ¿quieres prestarme atencion?

—Habla si eso te divierte.

—Seré corto, aunque la historia original tiene cuatro tomos. El conde Gerardo era de Nevers, segun creo, ó de Tournus ó de cualquier otro país del Norte. A los 25 años de edad ya no sabía qué hacer; porque lo había hecho todo, y todo le había salido mal. Frequentaba la casa de un señor, verino sayo; un día le desalió en campo cerrado; el señor le hizo responder que no tenía motivo ninguno para batirse con un buen vecino, y que así no se batiria. Gerardo le robó su mujer.

(1) Filibras festivas de la Cronica de Sandera.

Va entonces hubo alguna razón para el desafío. Verifícase este y Gerardo mató al marido, según el juicio de Dios, que esta vez no fué muy acertado. Esta diversión no le proporcionó al conde Gerardo más que unos quince días de emoción; volvió, pues, á sumirse otra vez en la monotonía de la probidad. Buscó en el vecindario á otros señores que matar; pero todos eran viejos, viudos y gotosos. El conde Gerardo no sabía dónde meter la cabeza... ¿Te divierte el cuento, Ulrico?

—Hasta ahora, no mucho.

—Va verás... Es monester, por otra parte, que seamos justos. ¿Qué podía hacer un hidalgo rico en aquellos tiempos? El conde Gerardo recorrió la provincia buscando torneos; en estos pasatiempos aventurosos mató á tres caballeros ó hirió á varios. Volvióse á apoderar de él el fastidio; predicábase á la sazón una cruzada y partió para la Palestina. Era el conde muy poco devoto; pero obedecía á la moda; vió á Jerusalén de cerca, rompió lanzas con los feroces musulmanes, robó á Herminias y Clorindas, mató á dos príncipes sarracenos, y habiendo sido atacado de la peste, la mató también. Concluida la cruzada, volvió á sus hogares y se creyó otra vez un varón espantoso. Todos sus vecinos habían muerto de epidemia en la Palestina, y sus vasallos de hambre; habitaba un desierto, y era locatario de la nada. El desgraciado Gerardo se vió obligado á volver á la Tierra Santa; pero muy pronto vió que también se fastidiaba en esta cruzada, y no encontrando ya más este recurso para divertirse, púsose á reflexionar por la primera vez de su vida. A la edad de 34 años todo lo había ya gustado; hasta sus corazas; una mañana se levantó de improviso el estragado conde con una idea. Jerusalén lo había inspirado; reunió todo su dinero y edificó un monasterio en el departamento de l'Ain; hócese prior, como era de razón, y envió circulares á algunos viejos caballeros amigos suyos, tan fastidiados como él para convidarlos á hacerse frailes. La mitad de aquellos caballeros siguió en su caballería y la otra mitad correspondió á la invitación. Inauguróse pomposamente el monasterio; Gerardo tomó sus gradus en teología y se hizo abad, todo el mundo se enclaustró y dícese á hacer penitencia. El conde vivió lleno de contento hasta los 85 años, y después de su muerte fué beatificado por el papa Paulo III. La leyenda lo pone en el número de los santos.

Aquí, aquí tienes la historia del conde Gerardo.

—Habías con ligereza de esas cosas; sin embargo, son muy serias en el fondo á pesar del barniz de friolidad con que las vistes. ¡Ojalá el siglo no está ya por esos heroicos sacrificios; ven á Roma, pero no veas el desierto.

—¿Quieres habitar un desierto, un verdadero desierto?

—Sí.

—Vete á París. Tú no conoces esa ciudad; es la Thebaida del siglo XIX. Hay allí tanta gente, que no hay nadie. ¿A quién conoces tú allí? ni siquiera á un ser viviente; pues bien, marcha con la muchedumbre: será para ti como si viesen árboles en movimiento; no tendrás que dar ni unos buenos días. Si vas á un desierto, el mayor desierto posible, siempre ha de venir á inquietarte alguna bestia feroz ó alguna caravana que te obligará á que cantos con ella: *Dios es Dios*, y *Mahoma es su profeta*; ó vendrás á parar á alguna ciénaga de árabes que te harán beber leche de caprueña y te contarán un cuento á las *mal y una noche*, capaz de adormecerte aunque estés bailando. Páscote en el Boulevard de Gode en París; nadie te obligará á cantar, y aunque todo, nadie te dará nada. Así puedes vivir, como el conde Gerardo, hasta los cien años; verdad es que el papa no te canonizará; pero ya ves que en el año de 1859 no puede uno conseguirlo todo.

(Continuara.)

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL OSO NEGRO.

Es el día de Pascua de 1697. Por un arrabal de Stokolmo que dá al campo, sale una larga fila de torneos tirados por caballos vivos como cabras, que agitan alegremente sus plumeros con campanillas de plata. Estos torneos tienen diversas formas: imitan unos el elegante cuerpo del cisne y otros el del ciervo; muchos parecen barquillas y todas despliegan bajo un cielo gris porta lúpicamente rosado hacia el horizonte y sobre una tierra unida y resbaladiza como un espejo, los mas brillantes colores. Cuéntanse á lo menos cincuenta en que van los caballeros y las damas de la corte, y mas de otros ciento cargados de arcos, llevando consigo instrumentos de caza, flechas, fusiles, mazas, machos y cuchillos. En el primer torneo, que tiene la forma de una chimera arrojando llamas por las narices y que está decorada de oro,

de nacar y marfil, estan sentados el rey Carlos XII que cuenta á la sazón 17 años y el fiel compañero de quien no quiere nunca separarse, el amigo que está siempre á su lado, en la mesa para brindar con él cuando bebe en porciones sobrehumanas, en el consejo cuando se digna aparecer para hurlarse de los venerables senadores, en la caza si es necesario perseguir con encarnizamiento durante veinte leguas alguna fiera ó luchar con ella. Reginol es el nombre de este amigo del joven rey. Su destino será de los mas extraordinarios si corresponde á sus antecedentes.

Detras del trono del rey, se distingue el de la condesa Aurora de Koenigsmark, señorita de origen sueco; pero criada en la brillante corte de Alemania. Ha venido á presentar sus homenajes porque tiene el carácter aventurero, á la hermana del rey que la ha recibido con los honores debidos á su nacimiento y al interés que inspira á todo el mundo por su belleza que no será sobrepasada sino por sus gracias enteramente francesas, por su ingenio cuyo recuerdo quedará como el de las Sevigué, las Mortemart y las Geoffrin. La historia no la llamará nunca sino la bella condesa Aurora de Koenigsmark. Su cuerpo de hada va envuelto en una peliza de murta, tan fina, delgada que parec



musolina, y tan caliente que su rostro resplandecía con su animación de la primavera. Un gorro azul fabricado en Persia coquetamente colocado sobre su cabeza termina en una espiga de plata. Diríase de ella que era una morena apolliniana pintada por Rubens. Su frescura recuerda los mas suaves tonos de los frutos y las flores, sin caer en la frialdad que lleva consigo la belleza absoluta. La bondad, la siltvez, la nobleza, el ingenio, la voluptuosidad, la gracia, la melancolía, se combinan en ella en tan iguales proporciones, que un grado mas de cualquiera de ellas destruiria su admirable conjunto.

Y sin embargo, esta mujer de tan cumplida belleza no se muestra nunca sin la persona sentada á su lado en el trono que la lleva á través del espacio, y esto prueba la confianza que tiene en sus encantos porque su acompañante, es tan hermosa como ella, y tiene con ella mas de un rasgo de semejanza, lo cual no espanta á una ni á otra. Georgina obtiene muchas veces triunfos mas rápidos; pero sea que la convenga reprimirlos ó que dependan de una circunstancia casual mas bien que de un mérito real, toda desigualdad desaparece bien pronto y no se sabe cuál de ambas dar la palma. Desde luego el paralelo se hace solo en el pensamiento, porque el elevado rango y el nombre casi soberano de la condesa Aurora de Koenigsmark, impiden toda comparación expresa. Se las compará involuntariamente porque estan casi siempre juntas y porque la admiración y el amor verdadero tras-

pasan frecuentemente las barreras de la etiqueta. Georgina lleva un vestido igual al de la condesa á escepcion de la espiga de plata del zorro persa.

Detrás de este brillante trineo, que precede siempre el del rey, quien torna frecuentemente la cabeza por ver á la condesa, se desfilan los trineos en que van los oficiales de tierra y mar que alcanzan más favor en la corte: Eric, Mihus, Olof, Reuschild, Piper, Herman, Cristian, Andreas, Fernando, Ulrico; obtienen el favor á causa no de eminentes servicios, sino de su arte en adular los gustos del joven soberano. Comen y beben las rentas del país en partidas de placer que no seaban nunca. Ayer un baile, hoy una caza de osos, mañana habrá cualquier otra diversion. El viejo rey era avaro, el joven es prodigo, así es el uso.

El último trineo, entre los de la corte y la servidumbre que parecen guardarle es no solamente mayor que los otros, sino que va cubierto de modo que no se sabe ni se adivina lo que va dentro de él. El mismo Carlos XII le ha hecho preparar en secreto y solo él sabe lo que contiene. Vanamente los cortesanos, tan curiosos por naturaleza, se gastan en conjeturas; no penetran el pensamiento que ha te-



nido el rey, ocultando á todas las miradas este grande y silencioso trineo.

Pero ¡d jóvenes cortesanos de un rey joven! ¿haced ejercicio por los placeres que os han enervado y que os esperan aun; el filo glacial con que lucháis vá á daros nuevas fuerzas. ¡Y cómo los mismos animales que los arrastran parecen comprender la necesidad de actividad violenta de que están sedientos sus amos! Vedlos ya en pleno campo. El horizonte se alarga y entonces los trineos an vez de seguir la misma línea se abren en abanico y cada uno como en medio de un lago ó de la mar, procura adelantarse al otro sobre una inmensa llanura brillante como un diamante engarzado en florestas cristalizadas, cuyas brillantes ramas reemplazan la luz del sol, porque no es el día ni la noche lo que se estiendo por el cielo, es un alba que dura hace cuatro meses, una luz más dulce y menos brillante que la de la luna cortada de tiempo en tiempo por misteriosas magnificencias que Dios deja caer de tiempo en tiempo de sus manos.

Esta extraña claridad llega á los polos y basta para alumbrar el vuelo del pájaro y el paso del hombre, si bien es aun muy débil para desarrollar la planta que necesita la luz del sol.

Nada se parece tanto á la luz silenciosa que vemos en sueños. Así engañado por esta claridad soñolienta el campesino de Suecia, siente durante siete ó ocho meses de semi-oscuidad, un semi-sueño que un

día exalta hasta el poder de la adivinacion al inmortal Swedemborg.

El campo se puebla entonces de soñadores que hablan durmiendo, y uno de estos fué el que arrojándose de improviso delante del trineo del rey, hizo á este con la mano seña de que deseaba hablarle.

El rey tuvo el capricho de saber qué quería este hombre dormido, y se detuvo. Notando la inmovilidad del trineo real, todos los otros se apresuraron á aproximarse, y bien pronto hubo alrededor del mitero, porque era un mineiro de quien la historia ha conservado el nombre de Ekerot, un anfiteatro cuyos palcos eran trineos.

—Quizá es esta, se digeron los cortesanos, la sorpresa que el rey ha prometido.

El rey, importa decirlo aquí, guardaba siempre para sus compañeros algun placer que cuidaba de no escribir en el programa del día.

—No es esta la sorpresa, respondió el rey que había oído á sus cortesanos, á su tiempo vendrá; esta lo es para mí como para vosotros, pero callenlos para oír á este hombre, pues que quiere hablarle.

Lo que vino á dar este episodio una fisonomía desconocida, fué la explosión magnífica y silenciosa de una aurora boreal. El cielo se envogeció con tales cambiantes de luz, que todo varió de aspecto en la naturaleza. Muchos círculos de un rojo vivo rodearon el horizonte de donde partían asombrados arcos y entre ellos se cruzaban aquí ceapas y víñas vaporosas, allá lianas de un dulce sonrosado. Un reflejo del mismo color inflamó todos los objetos: los cazadores, los trineos, las florestas y los lagos se tiñeron de este vivo color, polvo caido de las alas de los ángeles.

El soñador abrió la boca.

—Señor, dije, posees en el famburgo del Norte en Stokholmo un castillo magnífico, la perla de la Suecia.

—Lo sé, respondió el rey, pues que vivo en él como vivieron mis abuelos. Si no es más que por eso por lo que nos haces retardar la caza...

—Señor, este rico palacio y su ciudadela hacen el orgullo de tu pueblo, y la admiracion de los estranjeros.

—Pasemos! exclamó el rey con la impaciencia natural de su carácter, ¡pasemos!

—Este castillo tiene cuatro alas como el de Salomón y los techos son de cobre...

—Buena lumbre, dijo Mihano, un joven tiragon favorito del rey, mejor harías en decirnos cuánto pesa el oso que vamos á cazar.

—¿Y dónde le encontraremos?

—¿Y el color de su piel?

—¿Y si podemos venderle antes de haberle matado?

Esta última chanza era de un aventurero francés recién llegado á Suecia é invitado á todas las partidas de placer del rey.

Olof oyendo esta chanza que á la verdad no tenía nada de nueva, exclamó:

—¡Ah francés, smables francés, francés demasiado amable!

Pero Olof era un gigante.

Insensible á estas preguntas como lo son todos los soñadores, verdaderos sonámbulos, Ekerot continuó:

—Tu castillo está lleno de estatuas de mármol, de plata y de oro que la reina Cristina hizo traer de Roma, donde ella está ahora.

—¿Y qué haces preguntó la condesa Aurora curiosa de saber en qué pasaba su tiempo la famosa reina que había abdicado con asombro del mundo entero.

Y Georgina añadió: siente, como se dice, no ser reina y trata de volver al trono.

—¡Volver al trono de Suecia, exclamó Reginold con fuego, cuando está ocupado por un rey á quien no será fácil depouer!

La condesa no fué la última en notar el leal movimiento de Reginold que añadió: la reina podría volverse atrás de su abdicacion y para subir de nuevo al trono hacerse ayudar de Dinamarca y Rusia que no conseguía sino probar que no se reconquista tan fácilmente un pueblo como un amante, cuando se ha tenido la ridícula originalidad de abdicar.

Carlos XII estaba demasiado absorto en la contemplacion de la condesa de Koenigsmark para dirigir siquiera una sonrisa á su defensor.

—¡No tienen ojos sino para amar! murmura con cierto pesar el joven y valiente Reginold; pero la indiferencia del rey respecto á su trono no era lo único que le desolaba en este momento. Si el rey no veía sino á la condesa de Koenigsmark, la condesa de Koenigsmark no veía sino al rey, y debe creerse que la Suecia no ocupaba sino el segundo lugar en el corazón del joven enojado.

—Sí, ¿qué hace la reina Cristina? volvió á preguntar la condesa Aurora.

El soñador se pasó la mano por la frente y suspiró sin responder.

—Dinos, pues, qué hace la reina Cristina, repitió el rey.

El joven Eric añadió golpeando la espalda del soñador.

—¿Hace el amor á algun nuevo Monaldeschi?

Megret, el aventurero francés exclamó entonces: si es así yo compadeceré al que sea. Mas quisiera hallarme en la piel del oso que vamos á buscar. La reina Cristina ha descorazonado á todos los que tuvieran intención de ser galantes con la monarquía. En cuanto á mí, si una reina me dijera, «os amo.» tomara al instante la posta.

El gigante Olof dirigió de nuevo á Megret el cumplimento que ya antes le había dirigido.

—¡Ah francés! ¡amable francés! ¡francés demasiado amable!

—Los reyes son mucho menos terribles en sus amores, dijo á su vez la bella Georgina.

—¿Quién sabe? dijo la condesa, que esta vez miró á Reginald suscitándolo sus doctores.

—Menos terribles... menos terribles... murmuró Megret, con el fin de demostrar. ¿Y Enrique VIII?

—Señor Megret, dijo el rey, aun no ha habido un rey en Suecia que haya cortado la cabeza á su amante.

Los ha habido, replicó Megret, que hayan amado lo suficiente para estrangular al objeto de su amor.

—Si, los ha habido, replicó inconsideradamente el rey, echando una mirada larga y tierna á la condesa sin considerar que su respuesta, tan cómica como la pregunta, había desatado la risa en torno suyo.

Solo Reginald no reía; no cesaba de observar al rey y á la condesa cuya dama recogió así el guante de la conversación.

—Estoy segura, sin embargo, de que la reina Cristian no es mala, y que en este momento dice en Roma: si yo no hubiera hecho asesinar á Monaldeschi en las galerías de Fontánebian hubiera acabado por perdonarle y nos amaríamos aun.

—¿Cómo! exclamó Megret ¡gracias á eso no ser mala? Tener mas de setenta años y pretender aun ser amada por Monaldeschi...

Con una sonrisa fina y un guiño digno de un gigante, Olof no dejó de decir.

—¡Ah francés, amable francés, francés demasiado amable!

—Señor, prosiguió el soñador sin haber perdido en este dedalo de palabras el hilo de su revelación; ese castillo que ha costado millones á vuestros mayores...

—Insipido hablador, le interrumpió bruscamente el rey, vuelve á tu mina ó á tu cábana. Este castillo con que nos fastidias le amozcá mejor que tú, sé mejor que tú lo que ha costado, pues que mis antecesores lo han pagado; tú no has puesto nunca los pies en él y una cena espléndida nos esperará en él esta noche. El soñador prosiguió imperturbable.

—Señor...

—Ma causas, en fin...

—Señor...

—Olof gritó.

(Continuaré.)

LA NOCHE DE BODAS.

A.....

La lectura de los poemas de Ossian me ha inspirado esta balada. Verdad es que el bardo escocés solo cantaba el fragor del combate ó las hazañas de algun guerrero; y yo los ecos de un amor sin fortuna...

Solo hay de comun entre ambos la melancolía del lenguaje: sin embargo, en los sonidos de su lira le hierro he procurado aprender, y en sus marciales cantos van á reflejarse mis acentos de tristeza.

Nada valen: pero si aceptas mi dedicatoria, quedará satisfecho: talie podrá mirarlos con mas indulgencia que tú, porque tuyos son mis ojos de dolor.

FABIO.

La noche avanza.

Una oscuridad profunda reina en las playas de Morven, y el silencio de las tumbas envuelve esta parte del Norte de la Escocia.

Los patos silvestres ocultan sus cabezas bajo el alú en las riberas de los lagos: el ciervo se guarnice en la espesura del bosque; el torrente solitario murmura sollozando en el seno del valle; y el cazador duerme tranquilo, soñando en el ramero diario.

Menudas copas de nieve comienzan á blanquear las altas crestas de las montañas: los viejos cobles giiran á impulso de los vientos que arrastran en su carrera las ramas secas; y las hojas marchitas gran en caprichosos remolinos por el prado.

Solo hay horror, lobreguez, tinieblas...

Es la media noche.

A esta hora los muertos se levantan de sus tumbas...

La oscuridad crece mas cada vez, y los espiritos de las montañas vagan errantes entre las nieblas...

Una sombra indecisa se adelanta con rapidez por la márgen del torrente de las aguas negras, y llega con decidido paso, venciendo cuan-

los obstáculos encuentra en su camino, á una elevada roca cuyo pié bañan las frías olas del mar...

¿Es un fantasma del torrente?

¿Es una sombra de los muertos que viene á trazar el camino de la huesa?

¡Ah!...No...Es Cormul, el desgraciado Cormul, que va á sumerirse con sus lágrimas las amargas ondas del Océano...

Cormul estaba enamorado déicamente de Malvina, de la virgen de rostro dulce y suave.

Pero el jóven de los ojos azules, valiente cazador de los bosques, era pobre, muy pobre, y á pesar de ser el amante preferido de Malvina siempre había dudado de la realización de su felicidad.

El día anterior fué designado para presentar al feroz Lamdarg los presentes de todos los que aspiraban á los amores de su hija.

Siete castillos de boda se depositaron, representando igual número de pretendientes á la mano de Malvina, y de todos ellos el de menos valor fué el de Cormul.

Macizas ajorcas, labrados brazales, coronas de oro bruñido, multitud de preciosas alhajas, se veían agrupadas en los castillos, y el anciano Lamdarg miraba codicioso aquellos regalos que se disputaban la compra de Malvina.

En todos había muchas riquezas, pero uno sobre todo llamaba más la atención, por el número y valor de las joyas que contenía. Era el de Cael; el del extranjero advenedizo, que se había lanzado orgulloso de conseguir el triunfo á disputar á los demás jóvenes del canton la hermosura de la virgen de mirada tranquila.

Cael, sin embargo, tenía los ojos fijos y hundidos; era jorobado, sombrío, y renco como los fantasmas del mar.

—Es extranjero, es extranjero y no debe entrar en competencia, exclamaron á una voz todos los jóvenes.

—Es rico, muy rico, contestó Lamdarg, y debe ser preferido.

—Padre mío, prorumpió Malvina, no le amo y será mi vida una cadena de sufrimientos.

—No importa, es muy rico, insistió el codicioso anciano, guardándose las riquezas de Cael.

Los demás jóvenes retiraron entre sollozos sus castillos.

Uno; solo uno quedó sin ser reclamado: el mas pobre de todos. Contena solamente un anillo donde no se veía adorno alguno.

Era el de Cormul...

Malvina iba á pasar á poder del extranjero Cael...

La noche empezó con sus sombrías nieblas á envolver el valle y la montaña, las ondas de los lagos y los lejanos confines del mar.

Los perros lanzaban lastimeros aullidos que repetían los ecos lentamente, y el moduelo dejaba oír de vez en cuando sus desacordes graznidos, balanceándose en las ramas de los sauces.

Cael se adelantó presentando con aire de triunfo á Malvina su mano enjuta y huesosa.

Malvina dió un paso atrás, y fué luego á arrojarle á los piés de su padre.

—Perdon, perdon, padre mío, exclamó.

—Nada tengo que ver ya contigo; no me pertences, ve en paz. dijo Lamdarg encogiéndose de hombros y alejándose pausadamente.

—Ya lo oyes, Malvina, eres mía, solamente mía...

¿Te causa miedo el jorobado Cael? No importa, ya te irás acostumbrando á mi presencia... Soy rico, muy rico, y esto ha de hacer que pronto olvides mi deformidad, insistió el extranjero con una voz aguda que hacia estremecer todas las fibras del corazón.

—Adelantó con paso firme y resuelto, y Malvina tomando rápidamente el castillo de Cormul, se dejó lanzando un grito penetrante, que fué repetido por el canto de los patos silvestres.

La noche había cerrado imponente y sombría: la estrella polar dejaba verse á intervalos con su fulgurante brillantez cuando las densas nieblas impulsadas por el viento la dejaban lucir en el azul oscuro del cielo: la luna espesaba una débil claridad velada por una nube de poniente que amortiguaba con su siniestra lobreguez sus plateados rayos.

Malvina caminaba ligera como un fantasma de los lagos, y con pronto se la veía en la espesura del valle como en las desnudas rocas del torrente.

Cael pretendió seguirle, pero sus pasos fatigosos fueron haciendo cada vez mas difícil su camino, y al fin falta de aliento cayó desfallecido sobre el húmedo y frío mazgo del bosque.

Cormul entretanto de pié sobre la desnuda roca que dominaba el mar pronunciaba algunas frases con voz melancólica.

—¡Adios, Malvina... sé feliz, muy feliz, en tanto que demandó al Dios de los mares que reclama mi espíritu, largos días de felicidad para tí y para tu rico esposo Cael.

«Para el pobre Cormul solo el abismo...»

«Las olas del Océano rugen con imponente acento reclamando una víctima... esa víctima será el desgraciado Cormul.»

«¿Qué importa su muerte á la virgen de mirada suave, si vivirá feliz al lado del rico extranjero?...»

—Los viejos árboles del valle no prestarán ya abrigo en la tormenta al desdichado Cormul; ni el cervatillo huirá medroso á ocultarse entre la maleza, de los tiros del infortunado joven de los ojos azules.»
«Las aguas del lago no calmarán su sed; ni los ecos del torrente repetirán los cantares del triste cazador.»

«Adios, Malvina...»

Cormul estendió una mirada tranquila por los lejanos horizontes; contempló un momento el valle, el lago, las ruidosas aguas del Lena, y tendiendo sus musculosos brazos, inclinó su cuerpo hácia el mar.

Un momento mas y las amargas ondas del Océano habrán cuvelto en su inmenso sudario el frío cadáver de Cormul...

Peró de repente una melodía vaga y suave se eleva del fondo del valle.

¿Será el canto de la media noche que entonan los aereos espíritus de los lagos?...
No... El último eco de la roca ha repetido tres veces con sonido desgarrador el nombre de Cormul.

El joven cazador unido solo á la tierra por la pente de sus piés, vuelve presuroso la vista, pero nada vé... Espera, y es en vano.

Suspéndese otra vez en el abismo, y percibe su nombre repetido tristemente por los picos de las rocas.

Ya no vacila... no tiene dudas: es la voz de Malvina que le llama: la ha visto á su lado sosteniéndole en el camino de la vida.

—Malvina... Malvina!...

—Sí; yo soy Malvina, que viene contigo, Cormul. Te prometí ser tu desposada á morir... y aquí estoy pronta á cumplir mi juramento.

—No, no... bella virgen de mirada suave, ve en paz... soy pobre y no me pertences. El poderoso Cael te aguarda.

—¿Y qué importa?...

—Es rico... ese extranjero es muy rico; y su castillo de bodas ha obtenido la preferencia... Ve en paz... ya no me pertences.

—No, no, exclamó Malvina con acento tranquilo, he rehusado su castillo, y he aceptado la única alhaja que brillaba en el tuyo.

—El anillo nupcial de mi madre!...

—Sí, este anillo nupcial, único presente que acepto en el día de bodas, porque... estoy Cormul.

—Sí... sí... Pero es imposible Malvina... tú no me pertences... tu padre te ha entregado á Cael.

—¡Ah!... ¿Qué importa?...

—¡Olvidas las leyes del cantón?...

—¡Oh!... ¿Qué importa?...

Las olas del mar rugieron desencadenadas.

El anillo arrasaba la pradera, y los saculares robles caían tróncados á su impulso.

Malvina tuvo miedo y sus brazos rodearon el cuello de Cormul.

El mochnelo graznaba sus cantos de muerte volando medroso entre los árboles del cementerio...

Cormul y Malvina, al borde del abismo, sintieron que faltaba la tierra á sus piés, y exhaláron dos tristes ayés que concluyeron de pronunciar las embravecidas olas del Océano al sepultar á los dos amantes...

Al mismo tiempo se vió vagar una sombra por la roca de Cormul y Malvina lanzando horribles carejadas que parecían moduladas por la tormenta al estallar el trueno.

Era Cael.

El cielo quedó despejado y sereno; la mar tranquila.

Un viento suave disipó las nieblas del valle, y las estrellas comenzaron á languidecer á la dulce claridad del crepúsculo.

Los gallos silvestres entonáron sus matutinos cantares, y los cazadores preludieron sus oraciones de la mañana.

FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

¡POBRE POETA!

¡Desdichado el que lo es de corazón! ¿Para qué describir sus amarguras si nadie ha de comprenderlas? ¿Para qué, en estilo fastidioso y rumboso tratar de merecer una emoción de lástima humillante?

Querer explicar sus momentos de sublime tortura, revelar al mundo sus exaltados arrebatos, sus fiebres abrasadoras, sus delirios y *razonada demencia*, equivaldría á pretender bosquejar la inteligencia de los ángeles con las palabras de un peceto.

No se necesita haber versos para ser poeta; muchos versificadores están lejos de serlo. Para ser poeta se necesita sentir y el que más siente es el mayor de todos. ¡Triste primicia que tiene su fundamento en la borrascas del alma!

El poeta empieza á serlo antes de tener uso de razón, y lo sigue siendo después de perderla.

Desde que se inoculan en él las primeras nociones de existencia, desde que su alma pura é inocente sabe formar dos ideas, porque de ellas ya hace brotar una quimera, una infantil creación; desde entonces siente una dicha ó un pesar sublime, con relacion á su ninguna costumbre de sentir.

Si el cielo le hizo ver la primera luz en esos países cálidos, donde la naturaleza se desarrolla con todo el lujo de su poder, se comueve mas profundamente, sus emociones son mas vivas, y en el *no ser* de sus primeros años goza con el brillante *ser* de su porvenir.

¿Véle ese niño solitario, que pasa largas horas con la sonrisa en los labios, de los cuales se escapan incoherentes palabras; ese niño que acciona, frunce el ceño, torna á sonreirse y con mirada vaga é indolente, contempla el magnífico espectáculo de un paisaje iluminado por los ardorosos rayos del sol de julio, ó bien las blancas y lejanas nieves que cubren las elevadas cimas de los montes? ¿Le véis detenerse junto á la agitada corriente de un arroyo, distraído por las ondulaciones de sus pequeñas olas que contrariadas por los ovalados guijarros, se repliegan sobre sí mismas, y se abren finalmente paso por entre las descarnadas raíces de un arbusto? ¿No véis cómo sigue con su mirar atento la suerle de una hoja seca arrebatada por las aguas? ¿Ved que absorto y embebidó está! No le interrumpáis, no; ese niño es un poeta y un poeta que emborea los únicos gozes que podrá brindarle acaso su estrella en toda su vida: Es un poeta para quien no son perdidos esos mágicos flujos que se desprenden de la flor, del bosque, de la montaña, del sol, de la nieve y de la naturaleza entera.

Si pudieris ver con vuestros almitos ojos el brillante panorama que constituye en aquel momento su imaginacion, encontraríais mezclados y sin confundirse ininidad de objetos todos magníficos, radiantes y divinizados por el génio. Bien haya esos instantes en que se vive sin saber que se vive, porque son los únicos instantes de la vida!

Cuando jóvenes todos soñamos, casi todos somos poetas, porque todos somos puros. No ha corrompido todavia nuestra alma el inmundado legamo del vicio, y el corazón immaculado está mas cerca de Dios.

Peró el tiempo vuela, la razon se forma y nuestros delirios mueren ó nos matan.

Si el mundo no fuera perverso, el poeta seria mas que un santo, seria un purísimo destello de la misma divinidad.

Sin embargo, pocos son aquellos cuya lira no está torpemente manchada. No les acuso á ellos, no. ¡Harto hacen los que no se desesperan!

El poeta se encuentra en el mundo como un vaso de cristal encerrado con violencia en un estuche de hierro estrecho para contenerle. El hierro no sufre nada; el cristal se hace pedazos.

Entusiasta por lo sublime, se deja arcastrar por las encantadoras formas de la belleza, y su imaginacion ansiosa de concebir la perfeccion, acaso mas allá de lo que han determinado las leyes de la tierra, crea un alma ideal para un objeto físico; diviniza un poco de barro, se pone de huesos ante su misma obra y cuando su éxtasis parece trasportarle al cielo, un nada, un soplo del cébro hace ondular las vestiduras del ídolo y tan brillante creación desaparece; la diosa no está en su pedestal, ha descendido á mujer.

Sus amores son distintos de los de todo el mundo. Para él su amor es su vida; siente de una manera tan indefinible como tratada de definir y se espresa... como los que no aman ¿Quién ha de comprenderle? ¿Quién ha de apreciarle en lo que vale? Solo un alma como la suya, y estas ¡son tan escasas!

Dicen que los sentimientos de los poetas son tan fugaces como rehenentes. ¡Carnes! ¡Garcillas! ¡Petrarcs! ¡Ovidio! no os estremecéis en vuestras tumbas al escuchar semejante blasfemia! ¡Ah! bien comprendéis que no es digna de vuestro oído. ¡Qué prosódicas deben ser las gentes que la pronuncian!

Los poetas, esos *hijos perdidos del cielo*, como los ha llamado un literato amigo mio, suelen salvarse en a las de su génio consolando sus penas con su mismo dolor; otros, mas profundamente afectados y seducidos por la halagüeña idea de abandonar tanta ayccion, concluyen su vida arrastrando hasta su sepulcro, con sonrisa despreciativa el dictado de criminales que por última injuria les lanza su verdugo.

Si, su verdugo, porque mueren envenenados por la ponzoña de la sociedad, ponzoña que acaso han empezado á beberla en unos labios frescos y rosados; veneno que acaso ha empezado á infiltrarse en su alma por unos miradas dulces, amorosas, puras y angelicales; pero miradas y labios que eran ponzoña y veneno, porque las miradas engañaban y los labios mentaban.

SENATTS OLABE.

JERUSALEN Y CRISTO.

Poesía dedicada á mi apreciable y religioso amigo
EL EXCMO. SR. DUQUE DE SEDAVI, ETC.

Via Sion Lugent.
JEREMÍAS.

I.

¿Por qué tan furibundo y sanguinario
Escarneciendo vas ese inocente?
Si á perecer lo llevas al Calvario,
Jerusalen, Jerusalen detente.

Nunca le hieras con tu infame mano,
Porque es el rey de los potentes reyes,
Y á nadie hará, cual mundanal tirano
Espirar bajo el peso de sus leyes.

Si le ves tan sumiso padeciendo
Al furor de tu espíritu iracundo,
Es porque estaba escrito que muriendo
Habrá Jesús de redimir al mundo.

Víctima de dolor, tierno cordero,
Ya por el hombre á recibir la muerte,
Y es el hombre también el tigre fiero
Que aquella sangre tan preciosa vierte.

¿Tú eres Jerusalén la que escuchabas
La voz de las antiguas profecías?
¿Tú eres Jerusalen la que aguardabas
La aparición dichosa del Mesías?

Ya llegó!... ya llegó!... pueblo orgulloso,
Y lleno de furor le aprisionaste,
Porque hallarle creíste poderoso
Y entre pobreza y humildad le hallaste.

Fué vendido en la noche y azotado,
Rompió su frente la cruel espina,
Y entre dolores, con la cruz cargado
A la cumbre del Gólgota camina.

Lanzad, lanzad á la sañuda gente,
Virgenes de Sion, fieros enojos,
Y limpiando la sangre al inocente
Lágrimas rieguen vuestros tiernos ojos.

Llegan al fin y con furor maldito
Le clavan piés y manos, y resueña
Ese golpe fatal, y ese es el grito
Que á la infeliz Jerusalen condena.

II.

Ya no se oye ese golpe furibundo,
Ya está en la cruz su cuerpo condolido,
Ya vemos ¡ay! al Redentor del mundo
Entre el cielo y la tierra suspendido.

¡Y ese es el Dios que el Universo guía!
Y ese es el alto Dios que en un momento
El Universo entero aplastaría
Desplomando sobre él el firmamento!

En vez de enviar devoradora llama
Que á la feroz Jerusalen acabe,
«Perdónala, Señor lúgubre esclama:
Ella lo que hace con Jesús no sabe.»

Muere Jesús por fía, rósgase el velo
Del templo de Sion, huye y se encierra
El astro de la luz, se enoja el cielo,
Y gime y tiembla con horror la tierra.

Y ha muerto mi Jesús! y al cabo ha muerto
Y tú, ciudad de maldiciones, fuiste
Quien le trajo á morir del santo huerto?
Jerusalen... Jerusalen, qué hiciste!

Pero aquel inocente era más que hombre
Y no pudo la muerte aprisionarle;
Su tumba abandonó, brilla su nombre,
Y acabarán los siglos sin borrarle.

Por todo el mundo se alzaré triunfante
Sobre el verde laurel del heroísmo,
Confundiendo las armas del turbante
Y el orgullo brutal del paganismo.

El es el Dios del alto firmamento,
El es el Dios que todo lo comprende,
El que agita la mar, empuja el viento,
Y las entrañas del volcán enciende.

El es el Dios cuyas augustas sienas
Están ceñidas de poder eterno;
El es el Dios de mágicos Edenes,
El es el Dios de aterrador infierno.

Tú Sion, miserable le creíste
Porque la negra ceguedad te engaña,
Y negando que es rey... pronto le hiciste
Rendir la vida á tu iracunda saña.

Mas si le hallabas cándido cordero
Cuando al Gólgota fué... pueblo maldito,
Ya la hallarás tonante y justiciero
Cuando sucumbas al furor de Tito.

III.

Jerusalen su crimen olvidaba,
Pero volaron rápidos los días
Y se cumplió por fin lo que anunciaba
La profética voz de Jeremías.

Los romanos ejércitos vinieron
Y á la infeliz Jerusalen sitiaron;
Templos, torres, alcázares hundieron,
Hombres, mujeres, niños degollaron.

Y eres pobre Sion; la que brillaste
Cubierta de riqueza y perfecciones!
¡Y eres pobre Sion, la que te alzaste
Sobre el poder gentil de otras naciones!

¿Por qué yacen rasgadas tus palmeras?
¿Por qué yacen desiertas tus colinas?
Lánguidos tus jardines y praderas
Y todo el pueblo en silenciosas ruinas?

Porque un tiempo con bárbara fiera
Asesinaste al hijo de Maria,
Y asomando entre nubes la cabeza
Justa y sublime espacion te envía.

Si tus queridas arpas suspirando
De Babilonia en el ciprés colgaste,
Y tus hierros por último quebrando
A los hogares de Sion tornaste...

Nunca ya tus alegres regocijos
Romperán el silencio tan profundo
Que vela tus escombros, y tus hijos
Irán errando por el ancho mundo.

Tiernas doncellas, jóvenes, ancianos,
Pues que entre negra iniquidad nos vemos,
Cruzando penitentes nuestras manos
El corazón al paraíso alcemos.

No renovéis á Cristo su agonía
Engendrando el pecado en vuestro pecho,
No grite maldiciéndonos un día
¡Jerusalen! ¡Jerusalen, que has hecho!

TIMOTEO ALFARO.



Director y propietario: D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE INSTRUCCION, á cargo de D. G. Alhambra.